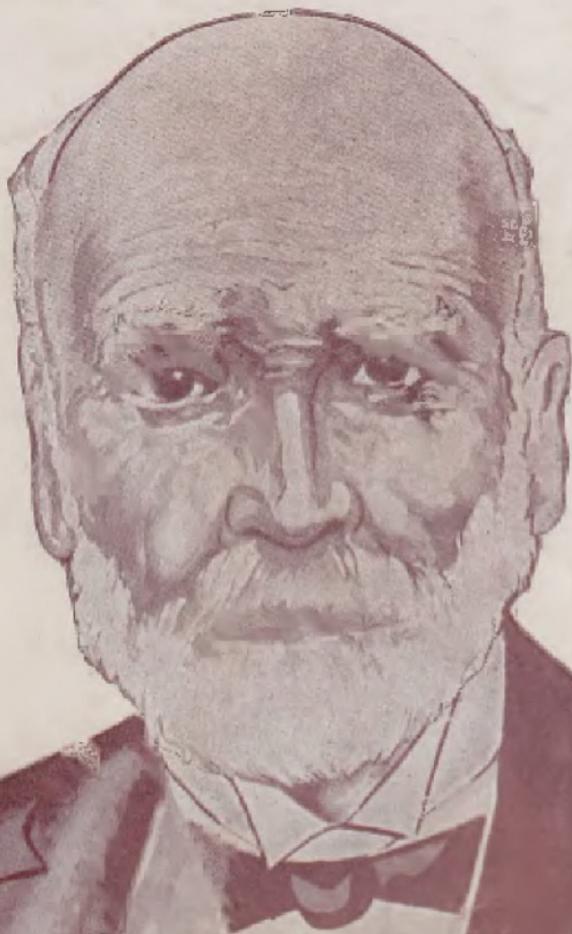


Jesucristo



Oración

pronunciada por Don

Marco Fidel Suárez

en la

Segunda Asamblea General

del

Congreso Eucarístico de Bogotá

— 1911 —

IMPRENTA DEPARTAMENTAL

MEDELLIN

EDICIÓN ORDENADA POR LA
Dirección de Educación Pública de Antioquia,
CON MOTIVO DEL PRIMER CENTENARIO
DEL NACIMIENTO DE DON

Marco Fidel Suárez

1855 — 1955



Ilustrísimo Señor Arzobispo Primado, Excelentísimo señor Presidente, ilustrísimos señores, señores:

La persona de Jesucristo, Dios y Hombre, se presenta de tal modo a la inteligencia humana, que la satisface y sosiega. Desde que nuestra mente medita en la Deidad, la percibe como grandeza soberana, esto es, como Sér infinito, porque según la expresión de Fray Luis de Granada, nada hay grande si tiene límites. La Divinidad de Cristo sacia así nuestros más hondos anhelos; y al mismo tiempo su naturaleza humana, a la cual se une el Sér infinito, concreta esta idea agobiadora en un hombre más levantado en perfecciones que todas las criaturas, en un hombre que es nuestro hermano y nuestro amigo, a quien podemos hablar y de quien podemos esperar, no frívolos favores, sino beneficios de bien incomparable.

Del mismo modo, la persona de Jesucristo armoniza con nuestro corazón y con sus aspiraciones y necesidades. El distintivo de nuestro ánimo son las tres pasiones de que habló el Apóstol del amor divino cuando dijo que en el mundo todo es concupiscencia de la carne, concupiscencia de los ojos y soberbia de la vida. La conciencia propia y el trato con nuestros semejantes nos dicen que efectivamente la vida es una feria donde de ordinario se piensa y se obra al impulso del amor de los deleites, del amor al dinero con que aquéllos se obtienen y del orgullo o prurito de superioridad.

A poco que se medita en estos tres estímulos se reconoce que ellos son desordenados, pues el placer no puede ser fin de nuestra actividad, una vez que aumentado indefinidamente daña la naturaleza; ni el oro es un bien cuando sobrepaja a la satisfacción de nuestras necesidades; ni la soberbia puede jamás justificarse, puesto que se opone a la igualdad esencial de las almas.

Jesucristo, en su nacimiento, en su vida y en

su muerte, es el contraste de aquellos tres desórdenes. Varón de dolores, El lo fue desde que empezó a respirar en un pesebre desmantelado y frío, hasta que expiró en una cruz, sufriendo todas las penas, excepto el remordimiento. Su pobreza fue tal, que viviendo de su trabajo de obrero o de las tareas de su predicación, careció de cuna, de techo, de mortaja y de sepulcro. Manso y humilde de corazón, se anonadó a sí mismo haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de esclavo.

De suerte que la vida de Jesús es un tejido de austeridades, privaciones y abatimientos, con los cuales acude como Maestro y Redentor a vencer la soberbia, la codicia y la concupiscencia de los mortales, brillando sí su Sér divino aun en medio de aquellos sacrificios, pues cuando ayuna en el desierto los ángeles le sirven; cuando cursa los caminos de su patria, sin más bienes que una túnica, alimenta con unos pocos panes a millares de hombres, y cuando expira entre malhechores la tierra tiembla y los astros se oscurecen.

Esas virtudes de Jesucristo purifican y enaltecen la naturaleza humana. En primer lugar la austeridad de Nuestro Señor exalta el dolor, que no siempre es un mal, sino un grande elemento en la vida. La placidez del ánimo y el contento que lo posee cuando sus actos son ordenados, son un mal cuando no corresponden a ese orden; y el sufrimiento, o sea la victoria de la voluntad sobre el dolor, es fuego que temple y crisol que purifica. El martirio, que es un dolor heroico al servicio de la verdad o de la justicia, es fecundo en dicha, porque produce gloria. Cristo, rey de los mártires, es modelo y causa de magnanimidad, de eso que hoy se llama elevación de carácter. Al someterse el Dios Hombre a la muerte, nos dio de ella la verdadera idea, presentándola como el fin de una existencia preparatoria y como la puerta que da entrada a la inmortalidad; nos enseñó también a vencer esa cruel enemiga, pues cuando ella sume en la fosa de un sepulcro nuestra dicha, entonces El nos levanta el corazón, recordándonos que es muerte de la muerte y que San Pa-

blo le llama el Dios de la esperanza; y nos enseñó asimismo a recibirla y soportarla, y a beber su amargo cáliz, verificando el poema sublime que comienza: "Ven muerte, tan escondida", como cuando el Padre Francisco Suárez acabó diciendo: "Oh, qué dulce es morir!"

En segundo lugar, la humildad de Cristo engrandece a sus imitadores, pues al propio tiempo que ellos se tienen en nada y menos que nada cuando se comparan con aquel modelo infinito, resultan grandes por su conformidad con la voluntad divina, es decir, por la obediencia a la ley de Cristo y por el cumplimiento del deber. ¿Quién más humilde que Pablo, siervo de sus hermanos y obediente en las cadenas? Y sin embargo, aquel Vaso de elección puesto por el cielo para evangelizar el paganismo, al someter éste a la gloria de Dios, conquista para sí inmortal corona. ¿Quién más pequeño que Francisco, obligando al hermano a que le huelle la cerviz? Y no obstante, aquel pobre religioso granjea tanto mérito al moralizar y convertir generaciones depravadas, que todos le enaltecen

como Serafín humanado y bienechor de nuestra especie.

Jesús, enseñando la humildad, rectificó la idea de la gloria. Esta es idolatría cuando tiene por fin al mismo individuo y cuando hace nacer en los otros la adulación y la lisonja, y entonces produce sin falta una reacción de abatimiento, sacando verdadero el oráculo divino: "Quien se ensalza se humilla". Pero cuando el cristiano, apartando los ojos de su nada, los eleva al Dios de la Majestad, único objeto digno de adoración y rendimiento; cuando pone por fin de sus esfuerzos la gloria del Creador, cual lo hizo el gran Capitán de la Compañía de Cristo, entonces a vueltas de esta gloria, le viene a él mismo, sin quererlo y sin buscarlo, la honra de poderse llamar hombre de Cristo y su fiel discípulo.

Finalmente, la pobreza de Aquél que fue más pobre que las aves del cielo, educa al hombre haciéndole ver las riquezas como ídolos indignos de sus desvelos; pero al mismo tiempo ese despojo voluntario enriquece al individuo,

pues le da los medios de servir a la sociedad de sus hermanos. Por eso la pobreza del Evangelio ha sido desde el principio fuente de civilización material, prolongando los últimos tiempos del Imperio degenerado, puliendo y enseñando a los bárbaros que bajaban de Escandinavia o de las llanuras del Ponto, sacando a la cultura los pantanos de Germania, conquistando y colonizando las tierras del Nuevo Mundo, y hoy mismo proveyendo a las necesidades sociales por medio de La Salle o de Don Bosco.

La pobreza evangélica de los imitadores de Jesús acarrea a la larga, inmensa copia de prosperidad y bienestar. Un caballero español, doctor de la Universidad de París, movido por la gracia de Dios, emprende viaje a civilizar las tierras del Himalaya y el Ganges, y después de recorrer treinta mil leguas obrando milagros y haciendo bienes incalculables, muere muerte solitaria en una de aquellas costas; pero las huellas de ese apóstol son tan luminosas, y sus expediciones han sido tan benéficas y admirables, que mucho tiempo después, al pasar los mari-

nos de Inglaterra frente al promontorio donde murió aquel héroe, detenían sus navíos y hacían resonar las soledades del mar de la India, saludando a Javier con los honores de Almirante. También el héroe santo de Loyola, después de consagrarse a Dios, anda como pobre peregrino de lugar en lugar, frecuentando los hospitales, mezclado con los niños en las escuelas, encarcelado a veces por la perversidad de los hombres; pero su obra humilde se desenvuelve presto tan fecunda y tan valiente, que cuando aquel santo se dormía en el Señor, pudo legar a sus hijos por testamento estas palabras: "Os dejo un mundo".

De modo que Dios Hombre, como ejemplar y como maestro, corrige en el hombre aquellas tres concupiscencias, pero sin abatirlo, antes por el contrario, convirtiendo la sensualidad en heroísmo, la codicia en beneficencia y la soberbia en engrandecimiento, mediante la gloria del Creador. Así es que Cristo, mandándonos ser perfectos como su Padre celestial, realiza en medio de los hombres una como fábrica de mode-

los de pobreza, austeridad y humildad, que mantienen levantada la idea de la perfección y exaltan el blanco a que tiran los esfuerzos de la virtud. Cuando por esas calles va una de aquellas criaturas que han hecho pacto con la castidad, con las privaciones y con el abatimiento, conduciendo filas de huérfanos, o pidiendo la limosna ostiaria para los desamparados, o en busca de enfermos, o llevando a las escuelas la enseñanza, o regresando de los desiertos donde truecan al salvaje en ciudadano y convierten en poblaciones las selvas, cuando esto vemos, podemos pensar que esas modestas criaturas por un lado imitan a Jesucristo y por otro están dando a los hombres la voz de "Excelsior" para que se perfeccionen y adelanten.

Iluminada así nuestra raza por el ejemplo y la doctrina de Cristo, exaltada así en presencia del pesebre y de la cruz, ¡qué campos tan vastos se abren en el orbe y en los siglos para buscar la perfección bajo los destellos de aquel lumínar infinito! ¡Cuán elevado modelo, cuán poderoso estímulo los que llevan al hombre en

pos de su glorioso fin! Esta esfera que rueda en el espacio, húmeda de lágrimas y sangre, arropada con las cenizas de la muerte, según la expresión de Juan Pablo Richter, ¡cómo se ilumina y refresca bajo las huellas de Cristo, que con su obra de Libertador divino hace recordar aquellas palabras inspiradas: "Tenebræ transierunt et lumen verum jam lucet". Pasó la noche, ya está alumbrando el verdadero sol!

Ante todo, en presencia de Jesús el paganismo con sus tinieblas y su crueldad, con sus perfidias y concupiscencias, es vencido por la ley de la hermandad cristiana. A poco vivir experimentamos que sin los influjos de Cristo es muy cierto que el hombre es lobo para el hombre, y muy verdadero aquello que dijo el Padre Rivadeneira, que el hombre vive entre enemigos. Ante este hecho, el individuo llevado de sus instintos, o se encoge de hombros, despreciando a los demás y repitiendo como el otro: "Mientras más conozco a los hombres más estimo a mi perro"; o adopta por partido la misantropía, menos fea que aquel desprecio indiferente, pero

más amarga para el que la padece y más dañina para la sociedad. Pero por encima del escepticismo que desprecia y de la misantropía que odia y se quereña, se levanta la ley de la caridad, sobrenatural porque excede a la naturaleza, basada en la redención de Cristo, que ha establecido la fraternidad de los hombres, y corroborada por el reconocimiento de que las injusticias ajenas son imágenes reducidas de nuestras propias injusticias. Y por sobre este concepto de la caridad y la tolerancia, se escucha, confirmandolo, aquella conmovedora palabra de nuestro Salvador: "Amad a vuestros enemigos, haced bien a los que os aborrecen".

La caridad es el mandamiento nuevo, ratificado de un modo particular por Jesucristo, en el momento en que, instituyendo la Sagrada Eucaristía, se dio por alimento a los hombres, en toda la realidad de su naturaleza divina y humana, en toda la plenitud de su persona infinita. En este misterio de los misterios, en este sacramento de los sacramentos, se ostenta de un modo pasmoso, aterrador, el abismo del amor

divino. ¿Qué diríamos, en verdad, si viviendo un pobre lázaro a la vera de un camino, bajo una triste enramada, soportando el frío del invierno y los soles del verano, sintiendo la espada de sus dolores y el dolor de verse abandonado y solo, qué diríamos si a Bonaparte le hubiera venido en voluntad, el día siguiente a su coronación, ir a visitar aquel pobre, y bajando de su imperial carroza, entrar en su tugurio y saludarle con estrecho abrazo y amorosos ósculos, y no sólo alimentarlo y asearlo, sino permitir que su propia sangre fuese trasfundida en las venas de aquel desgraciado? ¿Qué diríamos al escuchar esta maravillosa historia de amor? Seguramente no la creeríamos. Pero si ella hubiese acaecido, ella sería nada, comparada con el amor de Jesucristo que se une sustancialmente al hombre, porque entre éste y Jesús va la diferencia infinita que media entre Dios y nuestra miseria, mientras que entre el Emperador y el leproso no hay, en resumidas cuentas, otra diferencia personal e intrínseca, sino la salud, diferencia que dura apenas lo que tardan los

obreros del sepulcro en empezar a devorar de un mismo modo al ungido de la gloria y al esclavo del infortunio.

El nuevo testamento de la caridad de Jesucristo, sellado con su pasión y garantido con su presencia real, diviniza en cierto modo las relaciones entre los hombres. De la cruz, símbolo de ese sacrificio y de ese sacramento, brota el raudal de la misericordia que disipa la ignorancia, rompe las cadenas y ampara, alivia o consuela las desgracias; esa caridad es, digase lo que se quiera, la única solución que puede ofrecerse al pavoroso problema de la distribución de los frutos del trabajo y a la formidable colisión de intereses y pasiones entre las clases sociales. De allí mismo fluye la idea de la justicia, fuente del derecho y la libertad, base del orden público y clave de las relaciones entre los individuos, entre el individuo y el Estado, y entre los diversos Estados que forman la sociedad de las naciones: fuera de esa justicia cristiana, en los pueblos que la repudian, no existe sino el influjo póstumo de sus antiguas inspiraciones, y

tanteos estériles como el de la paz universal, que resulta completamente irónica e invertida, cuando trata de guiarse por un faro distinto de la estrella de Belén.

Jesús, influyendo sobre el mundo por medio de su Evangelio, de su Iglesia y de su presencia real, redime perennemente. A El, crucificado en desnudez lastimosa, acude el pobre que carece de pan y abrigo. A El, puesto entre infames, afrentado y calumniado, vuelve los ojos el que se siente injustamente perseguido o convertido en ludibrio de los hombres. A El, coronado de espinas, se dirige el que padece los dolores de la mente, el recuerdo del bien perdido, la viudez amarga, la comprensión del propio mal, la comprensión de la injusticia ajena. A esas manos clavadas pide alivio aquel que no puede obrar porque se le desconoce su derecho. A esos pies adheridos a un madero pide libertad aquel que sabe "cuán áspera es de subir la escalera de un amo". A El, descoyuntado y hecho retablo de heridas y de sangre, se dirige el que siente las enfermedades de este cuerpo, pasto ahora

de pasiones y mañana de gusanos. Y a El acude el que acaba, porque El, a fin de completar su redención, quiso también ser moribundo y enseñar a morir.

El Verbo humanado es cabeza de su Iglesia, formada de todos los que están unidos por la doctrina de Jesucristo, por la participación de su gracia en los sacramentos y por la obediencia a su infalible Vicario. Esa Iglesia santa comprende las naciones, abraza los siglos y resiste el oleaje del tiempo y el oleaje de la injusticia. En su centro está Cristo crucificado, difundiendo de sus llagas los favores de su redención y de su providencia: en las de sus pies recibe el llanto de los pecadores, que se regeneran por el arrepentimiento; de las llagas de sus manos corren todas las bendiciones y todos los consuelos; y en la de su costado se recuesta la pureza y se duerme la inocencia de los párvulos que sueñan con el cielo al sentir palpar el corazón de Dios.

La santidad en sus multiformes manifestaciones es obra de Jesucristo. El es quien da a

los mártires una fortaleza tan grande que los hace superiores a los tormentos e iguala en heroísmo a Pablo con los niños Justo y Pastor, a la viuda Felicidad con el soldado Sebastián, a Esteban diácono con Cipriano pontífice, al canciller Tomás Moro con los negritos de los lagos africanos. La austeridad de los anacoretas, la pureza de los monasterios, el éxtasis de la contemplación que anticipa el cielo, de El provienen. Suyas son las inspiraciones de la ley divina expresadas por la pluma con que Luis de la Puente pintó con transparencia y sencillez insuperables los misterios de la Pasión; o por el estílo con que San Juan de la Cruz escribió pensamientos de profundidad celestial; o por aquel que sirvió a Kempis para formar ese místico oráculo por cuyo medio la Providencia habla a cada corazón la voz que él necesita. La santidad activa y social de la beneficencia tiene a Jesús por guía en todas las circunstancias y situaciones, para vencer al bárbaro, para mitigar al encomendero, para ahuyentar al pirata, para civilizar al salvaje, para contrarrestar en estos

tiempos la corrupción y crueldad de los enemigos de la inocencia.

Todos los esfuerzos del hombre dirigidos a su prosperidad y perfeccionamiento convergen hacia Cristo de un modo más o menos directo o inmediato, tal que con razón puede El ser considerado como eje del verdadero progreso. Su palabra, verbo eterno de verdad, es luz de las ciencias. Ella inspiró a San Pablo y le abrió los cielos para que contemplase los misterios de la redención. Iluminó a San Agustín, dándole la ciencia de la gracia e inspirándole la divina filosofía de la historia, donde después trazó Bossuet la sociología de los siglos. Su fe aplicada a los pensamientos gigantescos de Aristóteles, les prestó alas, sobre las cuales el de Aquino ascendió a angélicas alturas. También fue suya la inteligencia del descubridor del cálculo más sublime, comparado en la variedad de su saber al atleta que con férreo brazo era capaz de conducir un carro de ocho caballos de frente; entendimiento portentoso que después de lustrar los cielos de la sabiduría, cedió la palma del

pensamiento más admirable al humilde carmelita Juan de Yepes.

Muchos descubrimientos científicos son palmas que tapizan el viacrucis. Newton y Leibnis, maestros de la ciencia matemática, fueron hombres de Cristo. Galileo, Copérnico y Pascal le ofrendaron sus conquistas sobre las leyes de la naturaleza. Cuando Colón, después de navegar por un mar desconocido y por un mar de angustias e incertidumbres, alcanzó al fin la mayor de las dichas, al golpe que ésta dio en su corazón cayó de rodillas en la arena y adoró a Jesús. El que en su escritorio descubrió nuevos luceros era cristiano observante; y aquel numen contemporáneo que ha merecido ser llamado "generis humanis defensor", aquel descubridor de la vida microscópica, educada por él para la beneficencia, también confesó solemnemente la verdad cristiana.

En todos los tiempos de la era de Cristo, inclusive los que corren, Cristo ha tenido fieles entre los fundadores de imperios, entre los defensores de la libertad, entre los grandes legis-

ladores y aun entre aquellos que parecen tocados por la mano de Dios para transformar las naciones, como hombres fatales, por medio de la guerra. Así vemos en torno de El a esos instrumentos de la Providencia en variedad grandiosa, desde García Moreno, que fue mártir suyo, y desde Guillermo I, que con devoción edificante hacía profesión de fe al manifestar sus victorias, hasta el immaculado Washington que en su testamento político recomendaba a sus conciudadanos la lealtad a Cristo, hasta aquel ejemplar sobresaliente del género humano que, después de conmover la Europa, pereció cautivo doblgando la cerviz "al deshonor del Gólgota".

La belleza inefable de Jesús, el purísimo ideal de su doctrina y ejemplos, y lo grandioso de su historia y de la historia de su Iglesia, elevan tanto las bellas artes y la literatura, que en ninguna parte brillan lo bello y lo sublime como al rededor de su patíbulo. El gibelino que peregrinando por los reinos de la muerte, cantó los eternos dolores; el gran trágico que esculpió con vigoroso estilo las desgracias humanas; y

aquel que alcanzó entre todos los autores la palma de la popularidad escribiendo la comedia de risa y lágrimas que representa nuestra vida diaria, todos tres siguieron a Cristo y expiraron en su seno.

El más bello asunto de los pinceles es la vida de sus discípulos y su propia imagen, que en el martirio o en la gloria hace que el lienzo y la tierra cobren existencia casi celestial. Su faz divina vence en hermosura infinita la belleza sensual de Apolo, y su agonía majestuosa eclipsa la desesperación de Laoconte. Muchos de los edificios santificados con su real presencia o donde se predica su palabra, son el sumo posible de la belleza y vencen a las Pirámides y a las torres de la arquitectura comercial, que son poco en comparación de las catedrales de la Edad Media, o de aquellas que se elevan sobre la metrópoli de los mares o sobre la capital del mundo cristiano. El arte de los sonidos, a cuyo poder percibe el alma ráfagas instantáneas de una dicha ultraterrena, formó para Cristo sus más escogidas creaciones: a El adora esa musa

divina cuando canta los misterios del juicio final, cuando expresa el dolor de la Madre de Dios en el Calvario, cuando implora la misericordia del cielo en nombre de la penitencia y cuando hace pasar sobre la tierra, cuna y sepulcro de la raza humana, el "requiem" sempiterno, voz de la muerte, confundida con la voz del ángel que guarda las promesas de la resurrección.

Jesucristo es rey de las naciones, que le reconocen como causa principal de su cultura y prosperidad, menos en aquellos días en que la locura ofusca los entendimientos, alterando la idea de la justicia y velando los rayos de la evidencia. Su evangelio es célula portentosa a cuyo derredor se forma el organismo de la libertad y el derecho, así como todo el sistema de la legislación. La igualdad y la fraternidad, que en boca de ateos se reducen a ironía sangrienta, son plantas que no pueden vivir lozanas sino en el huerto del Padre celestial. Por eso los pueblos, en los días de sus grandes expansiones, de sus empresas gloriosas, invocan al Dios crucificado como a Dios de los ejércitos, y su cruz es

el emblema del honor sobre el pecho de los héroes, así como su imagen es símbolo de paz y alianza, colocada sobre la cima de los Andes y bendiciendo los mares y los continentes.

Su influjo trasciende al género humano, no sólo porque éste es el objeto de la expansión de su doctrina y de su Iglesia, sino porque Cristo es en los tiempos el centro de donde corren las edades modernas y a donde se dirigieron los vaticinios y presentimientos de las antiguas edades. Cristo es el Mesías de los profetas y al mismo tiempo el justo descrito por Platón, y tal vez el Niño divino que cantó Virgilio al predecir los tiempos de justicia que habían de descender a la tierra al revolver de los cielos. Así es que el Dios Hombre es la piedra angular de la historia, como le llama el más vacilante de sus enemigos, y en Él se cumple la palabra del Apóstol: "Jesucristo hoy, y ayer, y en todos los siglos".

El caminante que anda por las sendas de nuestras montañas madruga a veces en medio

de espléndida noche, y al levantar los ojos siente, ante su nada y ante la inmensidad de los cielos y ante los arcanos del tiempo, melancólicas fruiciones en que se mezclan el silencio que sueña en sus oídos y los destellos de aquellos "pielagos de lumbre". Entonces, si de aquella contemplación lo sacan el orto y el ascenso de la refulgente estrella del Pastor, puede recordar a Cristo, que también supera en luz a todo el universo de los seres y que dijo de sí mismo: "Yo soy la raíz y el linaje de David, yo soy la estrella resplandeciente de la mañana".

Cristo ilustra, pues, nuestro entendimiento y educa y reforma nuestro corazón, enalteciendo de esta suerte todas las potencias humanas; es la causa más fecunda de civilización, bajo el concepto de las ciencias, de las artes y de las virtudes; es cabeza y vida de su Iglesia, así como salud de las sociedades y la base más sólida de los Estados y su mejor pacificador y maestro: domina el orbe y es el centro de la historia y el foco y núcleo de los tiempos: de su persona divina irradian lo verdadero, lo bello y lo bueno

en misteriosa trilogía, injinitamente más fecunda que la trilogía hegeliana.

Tal le podemos contemplar con los ojos de la fe, radiante de eterna belleza, admirable de juventud inmarcesible, en medio de las muchedumbres, sobre las laderas de los collados o a las orillas de los lagos, o resplandeciente de lumbr celestial, como en el Tabor o en su ascensión gloriosa. Así le podemos oír, pronunciando palabras de vida eterna, en estilo divino, propio suyo, llamando a los pequeñuelos con lenguaje tan dulce como la voz de la Providencia, fundada con lo más puro del amor maternal: o predicando su ley en forma tan clara, tan concisa, tan profunda, como no la tuvo la sabiduría griega: o empleando palabras mucho más vivas y enérgicas que las de Sófocles y Eurípides para abatir a los fariseos, a los que exaltaban la ley y la virtud en el acto de violarlas.

A El, a ese Dios y Rey de nuestras almas, a ese hermano adorado y amigo dulcísimo venimos, porque estamos trabajados y abrumados, porque deseamos trocar el yugo que nos agobia

por su yugo llevadero y suave, y porque en medio de esta noche social, El es el camino, la verdad y la vida. El sabe que hoy en el mundo, Colombia, aunque incipiente y lacerada, es de los pocos pueblos que le confiesan, pues se consagró a su corazón, ha reconocido legalmente su soberanía y hecho de este Congreso Eucarístico un acontecimiento nacional.

¡Oh Dios de amor y de poder! Da tus pies a los colombianos que queremos llorar sobre sus llagas los errores pasados; de las llagas de tus manos derrama óleo divino sobre las heridas de este pueblo; y en la llaga de tu corazón guarece las generaciones inocentes. No permitas que ningún colombiano sea siervo intelectual de enemigos extranjeros tuyos. Al darte en comunión eucarística en esta semana dichosa, tus sacerdotes repiten miles y miles de veces que eres Cordero de Dios que quita los pecados del mundo y lo pacifica: dadnos, pues, la paz, la paz que es dón tuyo y prenda de civilización terrenal y de eternal ventura.

He dicho.